

Exilio y mestizaje

Tomás Segovia

En este texto leído con motivo del doctorado Honoris Causa que recibió, junto con Elena Poniatowska, en la Universidad París 8, Vincennes-Saint-Denis, el poeta hispanomexicano destaca la riqueza del exilio español y de los transterrados europeos durante el fascismo, y su contribución a la grandeza nacional, al tiempo que exalta el diálogo entre las culturas.

Hablar del exilio español como de un mestizaje de sueños, de los sueños de los exiliados esta vez. Comprenderán ustedes que empiece por expresar mi desasosiego ante la tarea. Es una tarea de historiador, y nada está más lejos de mis posibilidades que el oficio de historiador. A menos que quiera verse en esto un testimonio, puesto que yo he sido o soy un exiliado español. No es de extrañar que se haya pensado a menudo en tomarme como testigo a propósito del exilio español. Lo he aceptado a veces, pero siempre he señalado que yo no era un buen testigo, primero porque el sentido del exilio es muy otra cosa para el niño que yo era que para un adulto, y puede dudarse de que esa experiencia infantil aclare cualquier cosa sobre la verdadera experiencia del exilio, que es naturalmente la de un adulto. Y después porque, en la medida en que sigo siendo de todas formas un exiliado, mi caso está lejos de ser ejemplar, y hasta normal, incluso reconociendo que todos los casos son particulares.

Propondré pues que si me siento interrogado como testigo, no es en el sentido de alguien mejor preparado que quien interroga para disipar tal o cual oscuridad, sino más bien como lo que los etnólogos y los lingüistas llaman un *informante*: alguien que no está preparado sobre el tema y cuya utilidad es proporcional a esa

falta de preparación. En lingüística, por ejemplo, si queremos conocer el verdadero comportamiento de un informante, debemos tener cuidado de que no adivine adónde queremos ir a parar, pues sus respuestas estarían entonces inevitablemente sesgadas. Trataré así de abordar mi tema con la ingenuidad de un informante, recurriendo ampliamente a las experiencias individuales, a los ejemplos y a las anécdotas, y sabiendo bien que no son en absoluto conclusiones y explicaciones lo que se espera de mí.

Empezaré por un pequeño episodio donde se percibe bien, me parece, el tono del exilio tal como lo viví yo. Cuando yo tenía trece años, estudiaba en México en una de las escuelas fundadas por el exilio español y cuyos alumnos eran casi sin excepción españoles. Pronto entró en la escuela un nuevo alumno que sólo hablaba francés. Como yo no había olvidado esa lengua, que había adquirido sin ningún esfuerzo durante mis primeros años de niño exiliado, me convertí naturalmente en su primer amigo. Ese niño era el nieto de León Trotski, nacido en Bélgica más o menos en la misma fecha que yo en España. Pero lo pintoresco no termina aquí. Más de treinta años más tarde, un joven amigo quiso presentarme a su novia, una joven poetisa mexicana de nombre ruso. Era la hija de mi amigo Volkow, el nieto de Trotski. Unos

años más tarde, volví a encontrarme con Verónica Volkow en París, durante una jornada poética a la que ella y yo estábamos invitados como representantes, sin duda, de dos generaciones de poetas mexicanos. Una muestra de poesía mexicana compuesta de un exiliado español y de la hija de un exiliado ruso, ¿no les parece que podría llamarse a eso un mestizaje de sueños? Como también a la coincidencia aquí hoy de ese mismo exiliado español y de una emigrada franco-polaca.

Pero señalemos de paso una circunstancia que probablemente no carece de sentido. Los inmigrados que he mencionado eran todos niños. Que esos no-nativos puedan en algún momento representar a México es un ejemplo digno de considerarse en una época en que la cuestión de la integración se vuelve un conflicto candente. Eran otros tiempos, eso está claro. Para México también, muy visiblemente. Si mestizaje quiere decir también integración, pues el mestizo integra en sí sus dos orígenes, hay que decir que el México de los años treinta podría fácilmente dar lecciones a muchos responsables actuales y enseñarles que la integración es en primer lugar un problema del país de acogida, que está en el deber de merecer ese nombre. Los refugiados de la Guerra Civil española o de la Guerra Mundial que llegaban a México eran en efecto *acogidos* en el sentido de que el gobierno se esforzaba por integrarlos más aún que ellos mismos. Pero los esfuerzos por integrar a un extranjero son una falacia si están hechos de exigencias en lugar de ofertas. El gobierno mexicano de la época partía de la convicción de que integrar a aquellos que acogía era enriquecer a México, y les ofrecía en consecuencia todas las oportunidades que estaban a su alcance.

Hablo de política, por supuesto. En la sociedad de cualquier país habrá siempre gentes para abrir su puerta a los extranjeros y gentes para volverles la espalda, gentes para tolerar las diferencias o incluso apreciarlas, y gentes para no aceptar más que sus propias reglas; pero un gobierno está obligado a legitimar una u otra de estas actitudes, es decir, debe inevitablemente tener una política. El gobierno de Lázaro Cárdenas tenía a todas luces una política, cuyo aspecto más espectacular, la política extranjera, persistió más o menos sólidamente durante mucho tiempo después de su mandato, mientras que otros aspectos se deshilachaban más o menos rápidamente. Hay que aprovechar toda oportunidad de recordar, pues sabemos cuán tramposa es la memoria histórica, que el gobierno mexicano fue uno de los pocos miembros de la Sociedad de las Naciones que se opusieron a los acuerdos de Munich y casi el único que rechazó la política de no intervención en la guerra de España. Al final de esa guerra y durante la ocupación nazi de Francia, los diplomáticos mexicanos se consagraron, de manera muchas veces heroica, a ayudar a los perseguidos de esas guerras y a abrirles las puertas de su país. Fueron primero los refugiados españoles de los innobles campos de concentración franceses, pero también más tarde los judíos y otras víctimas del nazismo y sus colaboradores. El mestizaje se hacía pues en varios planos. Los refugiados españoles llegados a México no se mezclaban sólo con los mexicanos, se mezclaban también con una vasta marea de otros sobrevivientes de la guerra. No siempre eran refugiados propiamente hablando, pero en todo caso gentes que buscaban el cobijo de México frente a un mundo terriblemente amenaza-



Visita de Lázaro Cárdenas a la Escuela España-México, 4 de noviembre de 1937

dor. Elena Poniatowska podría hablarles de las relaciones entre Leonora Carrington y Remedios Varo, mestizaje de los sueños de una inglesa que huía de la Europa en guerra y de una española exiliada por el régimen fascista de España, relatado por una mujer desembarcada en México, todavía niña, en circunstancias comparables.

Todas esas gentes tenían un lazo común: el antifascismo. En ese plano el mestizaje era particularmente claro, y era allí donde se encontraba una solidaridad sin fisura. Había para esa solidaridad ciertos puntos de referencia, por ejemplo el Centro Israelita, el Instituto Francés, la Librería Francesa, y por supuesto las diferentes agrupaciones del exilio español. Para los refugiados españoles, los compañeros de viaje más cercanos eran naturalmente los franceses simpatizantes de la Resistencia. El IFAL, Instituto Francés de América Latina, contaba con varios españoles entre sus profesores y demás personal, y yo mismo enseñé allí el francés un poco más tarde, hacia 1950. Unos años antes, había trabajado como vendedor en la Librería Francesa, y antes que yo otro joven español de mi generación. Con otro camarada, también español, hice mis primeras traducciones y adaptaciones para un programa de radio del Centro Israelita. Cuando evoco los medios por donde yo deambulaba en el México de aquella época, no puedo evitar el latiguello del crisol de culturas, variante un poco anticuada del mestizaje de sueños. Como empleado de la Librería Francesa de la Ciudad de México, atendí antes de mis veinte años a Villaurrutia y a Benjamin Péret, a Rodolfo Usigli y a Luis Buñuel, a Max Aub y a Jacques Rivière. Mi novia adolescente apareció como comparsa en una puesta en escena de Louis Jouvet, en el Palacio de Bellas Artes de México, donde un poco antes o un poco después, yo había escuchado conciertos dirigidos por Stravinski o por Darius Milhaud. Hubiera podido igualmente cruzarme con André Breton o Victor Serge, cuya viuda, la antropóloga Laurette Séjourné y cuyo hijo, el pintor Vlady, instalados los dos en México hasta su muerte, fueron más tarde, por separado, amigos míos.

El México de los años de la Guerra Mundial era así una encrucijada donde se encontraban los representantes de diferentes facetas de la cultura europea, y éramos muchos entre los refugiados españoles de mi generación, entonces adolescentes o muy jóvenes, los que deambulábamos con soltura entre varias de esas facetas. Pero el periodo que evoco así no duró mucho. Las gentes de orígenes diversos que habían venido a mezclar sus sueños allí huían de una pesadilla, y esa pesadilla llegó a su final en un momento dado. Hubo pues un retorno —menos para los españoles. Para ellos el fin de la pesadilla no fue el cumplimiento del sueño, sino su decepcionante frustración. Para los otros tal vez es también demasiado decir pretender que sus sueños se habían cumplido, pues es bastante dudoso que la guerra fría que los



Grupo de niños españoles pasando la frontera francesa, 1938-1939

esperaba a la vuelta de la historia haya podido satisfacer los sueños de los que esperaban con angustia el fin de la guerra caliente; pero por lo menos les era lícito reanudar esos sueños, mientras que los sueños de los exiliados españoles quedaron desde entonces abandonados en la orilla de la historia. Durante algún tiempo esperaron que los aliados victoriosos lavarían su honor ayudando a España a recobrar la democracia. Ese honor que habían perdido vergonzosamente al dejar sucumbir a España bajo las garras evidentes del nazifascismo internacional. Esa esperanza se marchitó poco a poco a medida que la dictadura franquista se mostraba más y más inamovible, con la reanudación de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos en 1950, el tratado con ese mismo país en 1953 y finalmente la entrada en la ONU en 1955.

De todos modos el exilio español es un fenómeno bastante particular. Para empezar, el mestizaje venía de lejos. Españoles y mexicanos se mezclaron intensamente durante los años coloniales y compartieron desde entonces una gran parte de su cultura y de sus tradiciones. Pero además pocas inmigraciones en la historia han sido más claramente deseadas y favorecidas. Hay por supuesto la época de lo que en Estados Unidos se llama el *melting pot*, pero conviene señalar varias diferencias. Está por un lado el elemento ideológico, podríamos incluso decir moral. Los Estados Unidos no abrían sus puertas, como el México de Cárdenas, para ir en ayuda de gentes perseguidas y de las víctimas de una violencia netamente criminal. Por otro lado, esa actitud era en uno y otro país una política explícita, pero en México, sin duda en relación con el rasgo mencionado antes, esa política era mucho menos selectiva: de un lado y otro la apertura era deseada como un enriquecimiento para el país de acogida, pero me parece claro que en México la consideración de la seguridad de un posible inmigrado pesaba mucho más que en Estados Unidos al lado de la



Mujeres y niños en la estación de Atocha esperando el tren para abandonar Madrid, 1936

utilidad esperada para el país. Es lo que se muestra claramente en la anécdota siguiente: a quienes pedían en México que los refugiados políticos no fueran admitidos sin un interrogatorio previo, el gobierno de Cárdenas les contestó que no se podía hacer esa *descortesía* a unas personas en peligro de muerte y que habían combatido el fascismo.

Todo parece indicar que los tres grandes problemas políticos que dominarán este siglo serán el enfrentamiento de civilizaciones, el conflicto entre el progreso y la justicia, y la integración. Estos tres retos están sin duda emparentados, pues se puede abordar cada uno de ellos como una consecuencia o un aspecto de la globalización. La globalización es evidentemente occidentalización, y sin ella nadie hubiera experimentado nunca las dificultades para occidentalizarse de una parte del mundo como una resistencia malevolente ni hubiera tenido la peligrosa idea de un choque de civilizaciones. En cuanto al drama de la integración, forma parte sin duda de lo que será probablemente la gran paradoja del siglo XXI: la alianza del progreso y de la injusticia, que ha empezado ya a instaurar la barbarie más o menos por todas partes en nuestro mundo y no parece ir a acabarse pronto. Hechos como el estrangulamiento, en ciertos estados norteamericanos, de los derechos de los trabajadores, incluyendo la persecución por la policía de los diputados que se resistían a ello, y por otra parte el proyecto de retirar la nacionalidad norteamericana a los hijos de inmigrantes ilegales nacidos en el país, o en Francia, la tentación de restaurar el Estado confesional y, por otra

parte, el proyecto de retirar la nacionalidad a los delinquentes no nativos son netamente hechos solidarios entre sí. Manifiestan el desprecio bárbaro hacia esos derechos humanos que las sociedades occidentales tardaron siglos en establecer, desprecio que los ciudadanos sin duda no aceptarían si no estuvieran intimidados por el chantaje de esa doctrina difusa de que el progreso, concebido además exclusivamente como el avance de la sociedad de consumo, vale todas las injusticias y todos los ultrajes.

Lo que acabo de llamar el drama de la integración tiene lugar sin duda en este contexto, pero posee naturalmente un carácter propio. Como en todo drama, hay confrontación y hay por eso una fuerte tendencia a simplificar y tomar partido. Los que pertenecen a una tradición y a lo que ellos mismos consideran una identidad están habilitados para pedir que los que quieren compartir la vida con ellos se identifiquen con esa tradición. Pero a éstos a su vez los principios democráticos les otorgan el derecho a perpetuar sus tradiciones y afirmar su identidad, con tal de que respeten la ley. A lo cual se añade que las democracias están en la obligación de considerar como universales ciertos valores, tales como la igualdad, la libertad, el derecho a la opinión, etcétera, a los cuales no pueden renunciar por respeto a una u otra tradición. El debate sólo puede desarrollarse pues sobre los detalles y los matices, incluyendo ciertas gestiones como la adaptación de fines *ad hoc* de esa ley que se quiere hacer respetar.

La integración de los exiliados españoles en México, ya lo he dicho, es un caso bien particular; eso no quita que se pueda en él aprender algo sobre el drama de integraciones mucho más dificultosas, a veces gracias a esa particularidad misma. Hablando dos variedades de una misma lengua, lo bastante cercanas para no representar un obstáculo a la comunicación, compartiendo gran número de tradiciones y de costumbres, los refugiados españoles que compartían igualmente con el gobierno y con las capas más comprometidas de la sociedad un mismo ideal político de conjunto formaron parte enseguida de esa sociedad. El gobierno de Cárdenas no se equivocaba al prever que esa inmigración bastante masiva sería para el país una inyección vigorizante. Es cierto que era una inmigración bastante especial. Una serie de circunstancias contribuyeron a que en el conjunto de los exiliados españoles el promedio en cuanto a cultura y preparación haya sido excepcionalmente elevado. Para empezar, la República había representado para España un salto hacia adelante sin precedentes en toda la historia del país, lo cual había acarreado una gran movilización social. Fue una sociedad recién despertada y llena de brío la que fue ahogada por el fascismo. Además, entre los que escaparon en el momento de la derrota, puede adivinarse que los más comprometidos, y

también los más libres, los más preparados y los mejor informados fueron numerosos. Finalmente, los refugiados que, al aceptar la hospitalidad mexicana, escogían exiliarse tan lejos y, podríamos decir, tan exóticamente, eran a menudo los más cultos o los más audaces, y por otra parte, los diplomáticos mexicanos que facilitaron ese éxodo tenían sin duda una tendencia inevitable a ayudar particularmente a las personas brillantes en peligro.

Pero eso no lo explica todo. Esas gentes brillantes hubieran podido perfectamente, como hemos visto muchas veces, quedar mantenidas al margen y encontrarse en la imposibilidad de dar salida a su riqueza. He visto en España doctores y diplomados rumanos o polacos trabajando de plomeros, o bolivianas haciendo de criadas o magrebís barriendo las calles. No hay que ser especialmente malicioso para adivinar que lo mismo sucede en Francia y otros países de Europa. Entre los profesionales e intelectuales españoles refugiados en México, hubo ciertamente casos puntuales de personas que tuvieron que ganarse la vida con actividades muy por debajo de sus capacidades, aunque nunca, podemos arriesgarnos a afirmarlo, con el mismo desamparo que los ejemplos que he mencionado. Pero la Universidad Nacional Autónoma de México, por ejemplo, experimentó un importante renuevo con la llegada de numerosos catedráticos españoles, muchas veces verdaderas personalidades, que se incorporaron al cuerpo docente sin ningún verdadero problema.

Incluso antes del final de la Guerra Civil, México había creado una institución, la Casa de España en México, para acoger a intelectuales españoles escapados de la

guerra. Un buen ejemplo de mestizaje cultural o mestizaje de sueños se encuentra en la transformación de esa Casa de España en Colegio de México, verdadero colegio mestizo donde empezaron a trabajar juntos profesores e investigadores mexicanos y españoles, más tarde también argentinos, pues la política exterior mexicana, ejemplar durante mucho tiempo, hacía de México el modelo inigualable de un país de acogida. A partir de los años cuarenta se encuentran en México, además de en la Universidad y el Colegio de México, refugiados españoles más o menos por todas partes: en la enseñanza, en el cine, en el teatro, en los hospitales, en el periodismo, en la radio, y abundantemente en la edición. La gran editorial nacional, Fondo de Cultura Económica, creada un poco antes, recibió un gran impulso a la llegada de los refugiados españoles. Entre otras cosas, un gran número de escritores y profesionales españoles colaboraron allí asiduamente o como autores o como traductores. En el terreno del cine, la obra de Luis Buñuel no sería lo que es sin su trabajo en México, donde finalmente murió. Hubo otros refugiados españoles en el cine, rara vez como actores, más a menudo como guionistas, pero también como autores de documentales, y fue en ese país donde se realizó la única película del exilio español, *En el balcón vacío* de García Ascot, en la que la casi totalidad de los actores eran no profesionales escogidos entre los amigos españoles del director. Cuando se fundó, un poco antes de 1950, una Comisión de Cinematografía, su primer secretario fue Max Aub, que dirigió también la radio universitaria, muy importante en el país, y fue también muy activo en teatro, además



Llegada de un grupo de niños españoles en tren a Moscú, 1938

de que publicó numerosas novelas en México. Los exiliados españoles fundaron también varias escuelas, cuyos alumnos eran al principio muy mayoritariamente hijos de refugiados, pero que se mexicanizaron progresivamente, y cuyo rastro es visible a menudo entre los universitarios y los profesionales. Si hay quien merece más que cualquier otro el nombre de mestizo del sueño, son seguramente esos nuevos alumnos, casi siempre notablemente fieles a esas escuelas que les transmitieron la herencia de lo que fue tal vez el gran logro de la República española: la educación, que llegó a ser muy rápidamente de una altura irreprochable.

El mestizaje espiritual se realizaba también en las numerosas editoriales fundadas por los refugiados españoles, a las que pueden añadirse también varias librerías. Hay que mencionar igualmente la creación del Ateneo Español de México, todavía activo en nuestros días, y que fue durante mucho tiempo el principal lugar de encuentro cultural del exilio español, y un gozne altamente significativo entre la generación de los exiliados adultos y la de sus hijos.

Dije al empezar que no podría esperarse de mí ninguna clase de conclusiones. Lo único que he podido hacer ha sido un recorrido más bien improvisado por esa vida de los exiliados españoles, injertada de manera particularmente satisfactoria en la vida mexicana. Me doy cuenta de que la ausencia más visible en este panorama, que sigue siendo principalmente anecdótico, es el de un enfoque sociológico, para el cual evidentemente

no estoy preparado en absoluto. Habría sin duda mucho que estudiar en ese proceso que podríamos llamar de *aculturación*, para tomar un término de los etnólogos. Desde la lengua hasta los hábitos alimentarios, hay ciertamente muchos detalles sabrosos que observar en la progresiva mexicanización de los exiliados españoles, y tal vez también algunos casos de una ligera contaminación, a la manera de manchas de aceite, de ciertos rasgos españoles en el entorno mexicano de los exiliados. Me atrevo a decir que cuando dos exiliados españoles se encuentran uno con otro en España, comparten inmediatamente, como una contraseña, un sentido del humor y de los juegos de lengua mucho más mexicano que español.

Pero debería decir para terminar que todo lo que he podido expresar es tal vez redundante, pues tienen ustedes aquí, en este acto que se desarrolla ante sus ojos, ya lo insinué antes, la imagen más impresionante de un mestizaje de sueños en las tierras mexicanas. Que México pueda estar presente aquí, el día de hoy, por intermedio de una mujer y un hombre acogidos una y otro todavía niños en ese país, es la mejor evidencia de la manera ejemplar con que México, por lo menos el México de mi época, asimilaba a sus invitados. **U**

Este texto es la traducción de la conferencia leída en francés en la Universidad París 8, Vincennes-Saint-Denis, el 11 de marzo de 2011, dentro del ciclo *Mexique, métissage de rêves*, organizado con motivo del doctorado *Honoris Causa* conferido a Elena Poniatowska y a mí.



Mujeres y niños camino de la frontera francesa a principios de 1939